

*La noche en el espejo*

LUCÍA ESTRADA

Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2017, 70 pp.

*reseña de* Diego A. Vélez

*La noche en el espejo* compila un conjunto de poemas en los que Lucía Estrada (Medellín, Colombia, 1980) acosa los límites de lo decible y, ante la imposibilidad de alcanzar sentido más allá de las palabras, decide acusarlas de insuficiencia para poner en su lugar una especie de silencio redentor. La palabra poética se convierte, así, en un recurso que va más allá de sí, que busca dar cuenta de un momento anterior, un silencio primordial que nos salva del abismo «¿Qué silencio me rescata en esta orilla? / ¿Qué pequeño agujijón me descubre lo invisible?» (p. 9) —se pregunta.

Una dicotomía atraviesa de principio a fin este libro de la poeta colombiana. Por un lado, la palabra poética aparece como el recurso disponible para edificar el sentido, para dar cuenta de un tránsito en el que la renuncia lleva, por la vía del mutismo, al anonimato: «[...] sin sentir compasión por lo que dejaba atrás. Ella, / la que arrojó el corazón a una jauría de perros hambrientos, / la que cruzó el cerco de sus propios límites con la cabeza en alto, / la que ahora espera —sin tiempo— a que alguien diga su nombre / cuando todas las bocas han sido sepultadas» (p. 10). Por el otro, son esas mismas palabras la evidencia de su insuficiencia, palabras que vagan indefensas y que no consiguen expresar el grito o el lamento, abandonando a la voz poética en una penumbra que mucho se parece a la nada: «TODAS LAS VOCES están huérfanas de sí, / y en esa orfandad se asisten, se acompañan. [...] // Me pierdo en

la penumbra de lo que quisiera gritar y no puede. [...] // Palabras como pájaros en la soledad del aire» (p. 14).

En su conocido ensayo, *La música y lo inefable* (2005), V. Jankélévitch reflexiona sobre la finísima distinción que existe entre lo indecible y lo inefable, lo que distingue «el encantamiento del embrujamiento». Según el francés, lo indecible es aquello sobre lo que no hay absolutamente nada que decir, tiniebla impenetrable, desesperante no ser que hace que el ser humano enmudezca postrando su razón y petrificando su discurso. Lo inefable, en cambio, es inexpressable por ser infinito e interminable cuanto hay que decir sobre ello; se consideran inefables el misterio de lo divino y el del amor, pues son fuente fecunda para lo poético. En ambos casos nos encontramos ante la experiencia del límite. Los poemas de *La noche en el espejo* explotan ese límite y se balancean entre la tiniebla del sentido («ABRO LA NOCHE para recibirte. En cada palabra / mis manos inician un largo recorrido hacia la sombra, / hacia lo que no es posible abarcar. [...] // Nombrarte es el comienzo del exilio. Y permanecer en ti, / una constante despedida») y la fecundidad abarcadora de lo inefable («HACER UN PACTO con la palabra: / que forme pedañitos para bajar al fondo de ella misma, / para entrever los castillos, la flor de lis, / la música más transparente») (p. 30).

De este modo, la palabra poética de Lucía Estrada aparece preñada de una ambigüedad irresoluble, solo la sensación del

límite parece cierta, pero va de un extremo a otro, de lo primigenio, lo anterior, lo in-nombrado, entorno natural del silencio que “ME TOMA del brazo / y como a un niño ciego me conduce. [...] // Queda su temblor en el aire. / Puedo tocarlo, / palpar sus formas, escuchar el sonido que produce / al entrar en el cuerpo vivo de una palabra, / la oscura vibración del silencio» (p. 21); a lo posterior, el más allá del sentido y de las cosas, aquello que está después de: «ESCRIBO PARA ABRIR un poco más la grieta / que traigo desde mí nacimiento. / Ser y no ser la palabra fisura, herida, abismo. / Ser y no ser lo que ellas contienen, / el temblor que las produjo, / [...] su sílaba, sin duda la verdadera, mucho antes de ser pronunciada. // Escribo para sentir, / para sumergirme en el oro que resplandece / bajo una fina capa de hielo» (p. 35).

Ante semejante disyunción, solo el silencio parece un lugar seguro, pues solo él posee la virtud de ser anterior y posterior, habitar el antes y el después del sentido. El silencio salva y redime. *La noche en el espejo* es quizás una exploración de ese silencio instalado en la experiencia del límite, se lo ubica bajo y sobre todo, es señal de identidad de la voz poética que solo en él se reconoce. Las palabras son, en este poemario, lugares extraños, nombres que las cosas no poseen y bajo los cuales se encuentra el refugio de lo no dicho, el punto cero del sentido donde no existe o simplemente no se impone la incertidumbre de ser y de saber. Acaso, escribe Estrada, «siempre fuimos ese silencio, / la conciencia infinita de la muerte, / todo el placer y el dolor / agazapados bajo un mismo nombre que no conocíamos [...]» (p. 63).

La virtud de la poeta, aquí, consiste en su capacidad para trazar un viaje que va de un límite al otro, del silencio primordial al silencio posterior, de lo inefable a lo indecible. En medio de ese viaje, una lucha entre el sentido cerrado de la palabra y la fuerza detonante de la poesía que obliga, que rompe la cerradura para que se filtre un fragmento, quizás el más profundo, de la experiencia poética, el resultado de esa contienda permanente entre el sentido y

la palabra. Por eso, nos dice la voz poética: «VUELVO A TUS PALABRAS / a lo que has nombrado siguiendo la línea de lo imposible // Vienen a nosotros / y el destino que llevan es interminable / como una condena en el corazón // Traen bajo su lengua el peso terrible / de un grito en medio de la noche // [...] Las palabras se multiplican / su sombra se multiplica / el vacío de la página / su unidad bajo los párpados // El mar incontenible de lo que no puede nombrarse / me cubre por completo» (p. 39).